

Escaramujo

Érase una vez un rey y una reina que solían decir cada día: «¡Ay, si tuviéramos un hijo!», y sin embargo no tenían hijos.

Y he aquí que un día, mientras la reina se bañaba, una rana salió del agua a la orilla y dijo a la reina: «Tu deseo se cumplirá: antes de que transcurra un año darás a luz una hijita».

Lo que la rana dijo, eso sucedió: la reina dio realmente a luz una hijita, tan hermosa que el rey no cabía en sí de gozo y organizó con tal motivo una magnífica fiesta.

Invitó a la fiesta no solo a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a todas las hechiceras, para que fueran buenas y benévolas con su hija. En aquel reino había trece hechiceras, pero como el rey solo tenía doce platillos de oro en los cuales debían servirles la comida, hubo que dejar sin invitar a una de ellas.

La fiesta se celebró espléndidamente, y cuando ya estaba terminando, las hechiceras obsequiaron a la niña con diversos dones maravillosos: una con la virtud, otra con la belleza, la tercera con la riqueza y con todo, todo lo que pueda desearse en la tierra.

Cuando ya once hechiceras habían expresado sus deseos, de pronto entró la decimotercera. Venía a vengarse del rey y de la reina por no haberla invitado a la fiesta; y así, sin saludar a nadie ni mirar a ninguno, gritó en voz alta: «La princesa, en su décimo quinto año, se pinchará con un huso y caerá muerta al instante». Y sin añadir ni una palabra más, se volvió y salió del salón. Todos quedaron terriblemente asustados; pero entonces avanzó la duodécima hechicera, que aún no había expresado su deseo, y como no podía anular el malvado deseo de su predecesora, sino únicamente suavizarlo, dijo: «La princesa caerá muerta, pero no morirá, sino que solamente sumirá en un sueño profundo e inquebrantable, que durará cien años».

El rey, por supuesto, quiso proteger a su querida criatura de la terrible desgracia anunciada, y por ello promulgó un edicto ordenando que todos los husos de todo su reino fueran quemados.

Mientras tanto, los dones de las hechiceras comenzaron poco a poco a manifestarse en la joven princesa: era hermosa, modesta, cariñosa y sensata, de modo que agradaba a todo aquel que la veía.

Sucedió un día (precisamente el día en que cumplió quince años) que el rey y la reina no estaban en casa y la princesa quedó completamente sola en todo el castillo. Así pues, comenzó a vagar por todas partes, examinando habitaciones y toda clase de cuartitos según le apetecía, y finalmente llegó a una vieja torre.

Subiendo por esta torre mediante una estrecha escalera de caracol, llegó a una puerta baja. En la cerradura de la puerta había una llave oxidada, y cuando la giró, la puerta se abrió ante ella y vio allí, en una pequeña habitación, a una viejecita que hilaba lino afanosamente, haciendo girar rápidamente el huso entre sus dedos.

«Buenos días, abuela —dijo la princesa—, ¿qué estás haciendo aquí?» —«Ya ves: estoy hilando», respondió la viejecita, asintiendo con la cabeza hacia la princesa. «¿Y qué es esa cosita que gira tan alegremente?», preguntó la princesa, tomó el huso en sus manos y también quiso hilar.

Pero apenas tocó el huso, cuando el hechizo mágico se cumplió: la princesa se pinchó el dedo con el huso y en ese mismo instante cayó sobre una cama que había en aquella pequeña habitación, y sumió en un sueño profundo.

Este sueño abarcó todo el castillo: el rey y la reina, que acababan de regresar a casa y entraban en el salón, comenzaron poco a poco a dormirse; junto con ellos se durmieron también todos sus cortesanos. Se durmieron asimismo los caballos en el establo, los perros en el patio, las palomas en el tejado, las moscas en las paredes, e incluso el fuego que ardía en el hogar pareció congelarse, y el asado que se cocinaba al fuego dejó de chisporrotear, y el cocinero, que había agarrado al pinche de cocina por los pelos por alguna falta, soltó sus cabellos de su mano y se durmió.

También el viento se calmó, y en los árboles frente al castillo no se movió ni una sola hoja...

Y alrededor del castillo comenzó poco a poco a crecer un seto impenetrablemente espeso de espinos, y cada año se elevaba más y más alto, hasta que finalmente rodeó todo el castillo, e incluso lo superó tanto que no solo el castillo dejó de verse detrás de él, sino tampoco la bandera en su tejado.

En toda la comarca circundante corría, sin embargo, el rumor acerca de la bella princesa dormida, a quien llamaban Espinita; por ello, de tiempo en tiempo llegaban príncipes que intentaban penetrar en el castillo a través de aquel seto.

Pero esto resultaba imposible, porque los espinos, entrelazados, formaban una pared continua, y los jóvenes que intentaban abrirse paso a través de ellos quedaban enganchados, no podían ya liberarse y morían de muerte inútil.

Muchísimos años después llegó a aquella región otro príncipe y oyó de un anciano el relato sobre la cerca de espinos y sobre cómo detrás de aquella cerca debía de haber un castillo, en el cual desde hacía ya cien años seguidos yacía en sueño profundo una maravillosa princesa hermosa, llamada Espinita, y junto a ella, sumidos en el mismo sueño, dormían también el rey, la reina y toda su corte.

El anciano había oído además de su abuelo que muchos príncipes habían venido e intentado penetrar a través del seto de espinos, quedando atrapados en él y encontrando una muerte prematura.

Pero el joven dijo: «No temo esto; quiero ir allí y quiero ver a la bella princesa». Y por más que el anciano trató de disuadirlo, el príncipe no hizo caso de sus palabras.

Mientras tanto, transcurrieron cien años, y llegó precisamente el día en que Espinita debía despertar de su largo sueño.

Cuando el joven príncipe se acercó al seto, en lugar de espinos vio multitud de grandes y hermosas flores, que por sí solas se apartaron lo suficiente para que él pudiera pasar a través de aquel seto ileso, y tras él volvieron a cerrarse formando una pared impenetrable.

En el patio del castillo vio los caballos y los perros de caza, que yacían dormidos; en el tejado estaban sentadas las palomas, con las cabezas metidas bajo las alas, y también dormían. Y cuando entró en la casa, allí dormían las moscas en la pared, el cocinero en la cocina aún extendía en sueños la mano hacia el muchacho al que iba a agarrar por los cabellos, y la criada estaba sentada somnolienta frente a aquella gallina negra que tenía que desplumar.

Continuó avanzando y vio en el salón a todos los cortesanos, dormidos profundamente junto al rey y a la reina, dormidos cerca del trono. Continuó avanzando, y tal era el silencio alrededor que podía oír su propia respiración.

Finalmente se acercó a la vieja torre y abrió la puerta de la pequeña habitación en la que dormía la bella princesa. Y ella le pareció tan hermosa que no pudo apartar de ella la mirada; se inclinó hacia ella y la besó.

Apenas sus labios tocaron en el beso los labios de la princesa, ella abrió los ojos, despertó y miró afectuosamente al príncipe.

Y bajaron juntos de lo alto de la torre, mano con mano —¿y qué ocurrió?— El rey despertó del sueño, y la reina, y todos sus cortesanos, y se miraron unos a otros con asombro. Y los caballos en el patio se pusieron de pie y comenzaron a sacudirse; y los perros se levantaron y empezaron a menear las colas; y las

palomitas en el tejado se estremecieron, miraron alrededor y volaron hacia el campo. Las moscas volvieron a arrastrarse por las paredes; y el fuego en la cocina volvió a encenderse y comenzó a cocinar la comida; y el asado chisporroteó en el asador; y el cocinero propinó una buena bofetada al pinche de cocina, de modo que este echó a llorar; y la criada terminó de limpiar la gallina negra.

Entonces se celebró la boda del príncipe con la bella princesa, y vivieron en plena felicidad hasta el fin de sus días.